

**JOSÉ LUIS CANO** (1912-1999) fue poeta, antólogo, crítico literario y, sobre todo, un apasionado de la cultura española desde su gobierno justo y generoso de *Ínsula*, donde multiplicó sus esfuerzos desde 1946 para mantener vivas las voces -todas las voces- de la literatura española en el largo y difícil tiempo de silencio del franquismo.

Benjamín de la Generación del 27, su obra poética nace del árbol frondoso de Juan Ramón Jiménez (¡cuánto recuerda esta "Nota autobiográfica" a algunas de las escritas por JRJ en el exilio!) y va creciendo al aire de Emilio Prados ("mi guía poético y el mejor amigo y maestro que tuve en Málaga", escribió en 1992), de Vicente Aleixandre (a quien frecuentó en *Velintonia 3*, desde el otoño de 1931) y de Luis Cernuda ("Conocí a Luis Cernuda -recuerda en el 92- en 1934 en Madrid, en casa de Vicente Aleixandre"). Su primer libro -ya en la inmediata posguerra- es *Sonetos de la bahía* (1942): el neorromanticismo, los paraísos perdidos malagueños (Emilio Prados, al fondo) se amoldan a la forma, sin amaneramiento, del soneto, cuya emocionada sencillez invoca el libro *Juanramoniano* de 1917. Luego otros libros prolongarán sus quehaceres: *Voz de muerte* (1944), de filiación aleixandriana; *Las alas perseguidas* (1946); *Otoño en Málaga* y otros poemas (1955); *Luz del tiempo* (1962), un íntimo diálogo con la materia milenaria y con un dios, cuya esencia se ha fundido en luz, al modo de la poesía de Prados, a quien Cano dedicó el libro.

Antólogo imprescindible de la poesía española, Cano consumó su trabajo en varias antologías, de las que dos son eslabones mayores de la historia literaria de la segunda mitad del siglo XX: *Antología de la nueva poesía española* (1958; 2ª edición aumentada, 1964) y *El tema de España en la poesía española contemporánea* (1964).

Aurora Albornoz escribió que la aventura crítica de Cano mira "hacia el mundo desde el panorama cerrado de aquellas décadas". Desde *Ínsula* y desde sus libros -fragmentarios, lúcidos, intensos- el escritor andaluz escudriñó en la heterodoxia de la literatura española, para contribuir a levantar "La dura losa / del arca santa de la podre rancia" (en versos de Unamuno citados por Cano en 1975) que impedía el contacto de las letras españolas -las ortodoxas y las heterodoxas- con los vientos del espíritu europeo y universal.

Adolfo Sotelo Vázquez

## José Luis Cano

### Nota autobiográfica



**N**ACÍ EN ALGECIRAS (Cádiz) el 28 de diciembre de 1912. De niño mi gran aventura era tomar el barquito que va a Gibraltar y contemplar la inmensa mole del Peñón, que parece acercarse a uno amenazando con aplastarle.

Hice el bachillerato en Málaga, adonde mi padre, que era militar, fue destinado como gobernador. Vivimos primero en la Alameda de los Tristes -donde también vivió Picasso-, más tarde en la bella casa de don José Gálvez, el famoso médico que fue alcalde de la ciudad; mi cuarto daba a la calle de San Agustín, donde también se hallaba el colegio al que asistió de niño Picasso (entonces yo no tenía ni idea de la existencia del genial pintor). Finalmente, el año 1927 nos trasladamos a Villamar, un chalet de la Caleta, por la parte del mar, que fue luego la casa del poeta José M<sup>a</sup> Hinojosa, y que se quemó durante la guerra. Era un chalet grande, con un amplio jardín que bajaba en declive hacia la playa. En ese jardín escribí mis primeros poemas.

Ese mismo año conocí a Emilio Prados y a Manolo Altolaguirre en la imprenta Sur, donde publicaban la revista *Litoral*. Siempre he dicho que debo a Emilio Prados mi despertar poético y mi vocación literaria. Él me dio los primeros libros de poesía que me influyeron -Juan Ramón, Rubén Darío y toda la colección de "Litoral"- . Emilio me trató con una generosidad de espíritu que nunca pagaré bastante. Me regaló muchos libros y dedicó muchas horas a hablarme de poesía y a acercarme a la belleza. En el café Inglés de la calle Larios (que ha desaparecido) solíamos tener nuestras charlas, más bien monólogos, pues yo era tímido y apenas hablaba. También en las playas de Málaga, como la del Palo, adonde íbamos los veranos. Otras veces nos reuníamos en un cuarto de la casa que los Prados tenían en calle Larios, y en la que conocí a otros poetas malagueños como José María Souvirón, José Antonio Muñoz Rojas y José María Hinojosa. También conocí por Prados, en el café de la Marina, a Federico García Lorca, cuyo encuentro he contado en otra parte.

Me esmeré poco en el bachillerato, pero como mi padre era gobernador y alcalde todo a un tiempo, solían darme excelentes notas. El único hueso era el catedrático de Literatura, don Alfonso Pogonowski, que me producía una mezcla de temor y de risa. Mi gran amigo de entonces -aparte de Emilio Prados- era Darío Carmona, compañero de estudios, que hoy vive emigrado en Chile.

En 1930, al caer Primo de Rivera, mi padre fue destinado a Alicante como gobernador militar, y allí fuimos, tomando una casa frente a la Explanada. Desde mi cuarto no podía ver el mar, porque daba a la calle de San Fernando. Había comenzado la carrera de Derecho en Málaga y el primer año me había examinado en Granada y en Sevilla -en esta última me examiné con Pedrosa y con (ilegible)-. En Alicante continué estudiando Derecho con cierto éxito -aunque no me gustaba la carrera- porque don Manuel López Mirete, el Director de la Academia, tenía influencia en la Universidad de Murcia, adonde íbamos a examinarnos.

En Alicante seguí escribiendo poemas, de tono surrealista, pero seguía sin publicar nada. En

1930, a través de Darío Carmona y del pintor Jorge Miguel Ravassa, entré en contacto epistolar con Juan Ramón Masoliver, que dirigía en Barcelona una revista universitaria, en la que vi publicado con emoción mi primer poema (era un poema en prosa típicamente surrealista) en un número dedicado al surrealismo -donde colaboró también Ramón Gómez de la Serna-.

En 1931, al advenir la República, mi padre se retiró de la carrera, acogándose a la ley de Azaña,<sup>1</sup> y decidió que nos trasladásemos a Madrid para que mi hermano mayor y yo continuásemos nuestros estudios. El verano lo pasamos en Algeciras, donde tuve mi primera novia, una hermosa muchacha de catorce años, con la que tuve mis primeros escarceos amorosos. Es la musa sensual de mi primer libro, *Sonetos de la bahía*. Para disimular en la dedicatoria, nombrándola Taya, la maté, pero en realidad no murió, sino que a los pocos años se casó con un primo suyo y hoy debe de ser madre de numerosos hijos. El noviazgo terminó al poco tiempo de vivir en Madrid, porque por carta no era posible continuar aquella relación tan ardientemente sexual.

En Madrid trabé estrecha amistad con Vicente Aleixandre -a quien había conocido ya una mañana en Málaga- y desde entonces Aleixandre es mi amigo más querido y el que más ha influido en mí. Gracias a él publiqué mis primeros "*poemas serios*" en la revista *Murta* de Valencia. La carrera de Derecho la continué y la terminé sin ganas en 1934. Aunque no figuré en ningún grupo universitario activo, por entonces me atrajo la política y mi impulso romántico me acercó a la tendencia extremista que entonces tentaba a algunos poetas como Rafael Alberti, a quien conocí en 1935.

La guerra civil me sorprendió en mi pueblo, Algeciras, adonde había ido aquel verano del 36 acompañando a mi madre, que tenía que recoger una herencia familiar. Como la aviación republicana bombardeó Algeciras, nos fuimos a una casa en el campo. Allí fui detenido por los falangistas a primeros de agosto, acusado de "peligroso" activista político y de haber amenazado de muerte (!) al jefe de la falange (que era, además, amigo mío, como todos los señoritos falangistas del pueblo).

Pasé cuatro meses en la cárcel de Escopeteros, de donde cada noche salían varios detenidos para las tapias del cementerio. Me salvé por tablas: probablemente porque el prestigio popular de mi padre era demasiado grande. Sabían además que el General Cano estaba preso en Madrid por los rojos. Cuando me pusieron en libertad, tuve que incorporarme al ejército. Serví toda la guerra en Sanidad, primero en Sevilla y a partir de 1937 en los frentes de Extremadura y Córdoba, pero no pegué un tiro en toda la guerra. Fui cabo en un equipo quirúrgico y tenía que asistir a todas las operaciones de los cirujanos, muchas de ellas hechas bajo fuego enemigo.

Terminada la guerra, me vine a Madrid a nuestra casa de (ilegible). Ingresé en la Campsa por oposición. En 1940 comencé a estudiar Filosofía y Letras, que terminé tres años más tarde. Mi maestro en la Universidad -el único- fue Dámaso Alonso, que ha influido mucho también en mi vocación de crítico. En 1942 publiqué mi primer libro. En 1943 fundé con Juan Guerrero la colección *Adonais*. En 1946 empecé a trabajar en *Ínsula*, con Enrique Canito, y desde ese momento fui el secretario y el crítico literario de la revista. En 1948 me casé con María Teresa Ortega. Tengo dos hijas, Teresa y Margarita. Estuvimos algún tiempo

en Delicias, en la calle del Ferrocarril, y desde 1950 en la Avenida de los Toreros. Mi sueño en este momento es la chabola que me está haciendo el maestro Ruiz Contreras en la playa de Fuengirola, porque mi nostalgia malagueña comenzó al día siguiente de abandonar Málaga en 1930.

junio de 1960

(escrito para José Manuel Blecua y su Archivo de la Poesía Española en la Universidad de Barcelona)<sup>2</sup>

### Notas

<sup>1</sup> Azaña, como ministro de la Guerra en el recién estrenado gobierno de la República, promulgó la ley que lleva su nombre (25-IV-1931): era un primer decreto de reforma militar que permitía el retiro voluntario, con el sueldo íntegro, a todos los españoles que quisieran abandonar el ejército. (A.S.V.)

<sup>2</sup> José Manuel Blecua se propuso organizar un Archivo de la Poesía Española en la Universidad de Barcelona con material biográfico suministrado por los propios poetas. El Archivo, finalmente, no prosperó, y parte de su contenido ha sido cedido a la UEB por el profesor Blecua. En el primer número publicamos la autobiografía del poeta Manuel Pacheco.